
CAPÍTULO XIV.

Cambia la decoracion.

Hacia ya un mes que el maestro de obras habia saldado todas sus cuentas, desapareciendo en el incendio de la manera desastrosa que hemos visto.

Juana estaba resignada, porque despues de todo no era la primera vez que su sensible corazon recibia el golpe mortal de quedar viuda; pero en cambio Magdalena se hallaba inconsolable; sentia doblemente la muerte de su padre, porque la primera inocencia no la habia dejado llorar la muerte de su madre, que se la dejó en el mundo recién nacida.

Una mañana entró Juana en el dormitorio de Magdalena, apartó las cortinas que cubrian el lecho, y se quedó contemplando

la hermosa cabeza de la niña, cuyos rizos rubios flotaban abundantes sobre la almohada.

Después de contemplarla algún tiempo exclamó :

— ¡Ah..... es una alhaja..... es un tesoro... es oro puro!

Luégo acercó su semblante al de aquella preciosa criatura, y la llamó suavemente, diciendo :

— ¡Magdalena!.....

Magdalena se estremeció y abrió los ojos, cuya mirada llena de tristeza, después de vagar un momento, se fijó en Juana.

Ésta dijo al verla despierta :

— Vamos, hija, ya es hora de levantarse; son más de las diez; hoy te se han pegado las sábanas.

Ella alzó la cabeza hasta sentarse en la cama, y aquellas ondas rubias que rodeaban su frente no esperaban otra cosa para abrazarla, pues todas cayeron sobre sus hombros y envolvieron su cuello.

Quiso decir algo; por lo ménos Juana vió que sus labios se agitaron como si quisieran

hablar; pero debió atársele la lengua con ese nudo que forman las lágrimas al precipitarse por los ojos cuando todas quieren salir de una vez.

Movió los labios, mas no dijo nada; cualquiera hubiera creído que iba á sonreirse, pero bien pronto hubiera salido de su error, porque se llevó ambas manos á la cara, ocultándola en ellas, dobló la cabeza y rompió en llorar.

Los rizos de su frente, que por lo visto no querían estarse quietos, se derramaron por delante, cayendo como un velo.

¿Querían esconder aquel llanto ó enjugarlo?

No se sabe; pero parecia que habían caído, cubriendo el rostro como si hubieran querido decirle á Juana: «Señora, V. no tiene aquí nada que ver.»

La madrastra dejó un momento que aquel llanto corriera en silencio; pero aquel llanto parecia inagotable, y al fin dijo :

— Vamos, ánimo, hija; eso es demasiado.

La palabra *hija* entró como una espada en

el corazón de Magdalena, y el dolor de esta herida arrancó de su boca llena de sollozos este grito :

— ¡Padre, padre!

Juana sacudió la cabeza.

— Siempre estamos en lo mismo, dijo, y ya es preciso que pienses en ser mujer de razón. Tu padre ha muerto, y esto no creas tú que es una cosa del otro jueves; también se murió mi padre, porque, hija mía, los padres se mueren lo mismo que se mueren los demás.

Al oír esas palabras apartó súbitamente los rizos de su frente echándolos hácia atrás, comprimió los sollozos que acudían á su garganta, y contestó :

— Yo hubiera querido morirme ántes.

— Ya te se pasará eso; cuando se tiene un disgusto se dicen muchas cosas, porque con los ojos llenos de lágrimas se ve todo muy turbio; luégo ya es otra cosa.

La niña hizo un esfuerzo y enjugó al mismo tiempo sus ojos con el revés de sus preciosas manos, y comenzó á vestirse, temblando toda al impulso de algunos suspiros

rebeldes que de vez en cuando hinchaban su pecho.

Su semblante afligido pareció serenarse, y miró á su madrastra con profunda tristeza; despues se puso muy séria.

Era imposible decidir cuándo estaba más hermosa : si afligida, triste ó séria.

¿ La habían consolado las palabras de Juana?

No; mas bien parecia que la habían indignado.

Se podia decir que encerraba su dolor en lo más oculto de su pecho, como si quisiera ponerlo á cubierto de aquellos consuelos.

Las almas profundamente afligidas se ven muchas veces obligadas á sufrir los martirios de ser de ese modo consoladas.

Hay consuelos que ofenden.

No hay más que una palabra que pueda dulcificar las grandes penas, y es una palabra tan grande, que apenas cabe en la boca del hombre; esa palabra es *Dios*.

No hay más que una fuerza que pueda resistir el gran peso de las desdichas humanas, y esa fuerza se llama *virtud*.

Virtud, que quiere decir valor.

Valor, que quiere decir debo sufrir.

Juana se sentó junto á la cama mientras Magdalena se vestia, y dijo:

—Tenemos que arreglar nuestro modo de vivir.

Magdalena no oyó ó no entendió estas palabras, y Juana prosiguió:

—Por de pronto nos mudaremos de cuarto; éste es ya demasiado caro para nosotras.

Esto sí debió entenderlo, porque dejó escapar un profundo suspiro.

En aquel cuarto vagaba todavía la sombra de su padre; todo estaba lleno de sus recuerdos; la pobre niña habia creído verlo algunas veces, y habia momentos en que estaba segura de haber oído su voz y de haber sentido el ruido de sus pasos.

Allí se creía aún junto á su padre; abandonar aquel cuarto era para ella tanto como separarse de él, como huir de su memoria.

Dentro de su corazón se levantaba una voz que la llamaba, una voz que queria detenerla.

—Yo, dijo, quisiera vivir siempre en esta casa.

—Eso no es posible, replicó la madrastra. ¿De dónde vamos á sacar nosotras el dinero que gana este cuarto? Ya he tomado otro.

—Bien, contestó la huérfana.

—El maestro de dibujo, y el maestro de música, y el maestro de frances no volverán más, no es posible que vuelvan.

Magdalena se encogió de hombros.

—Se les debian dos meses á cada uno y nos los han perdonado.

Juana no lo reparó, pero dos lágrimas se escaparon de los ojos de..... su hija.

—De estos muebles, continuó hablando la madrastra, nos quedaremos con los más precisos; los demás los venderemos, y con eso tendremos para vivir algunos días.

La hija del infeliz maestro de obras no prestaba gran atención á este plan casero que iba saliendo á pedazos de la boca de Juana. Ésta continuó:

—Hasta que los tiempos mejoren es preciso pensar en trabajar para comer, porque,

hija mia, el pan no cae por la chimenea. Yo he trabajado ya mucho en este mundo, y justo será que empiece á descansar. A tu hermano (Juana llamaba hermano de Magdalena á su hijo) algo le sacaremos, pero su jornal es corto todavía. Tú eres ya una mujer, y es razon que empieces á ayudar á la casa.

—¿Qué puedo hacer yo? preguntó con tristeza.

—Verás, contestó la madrastra. Yo tengo una amiga que gana lo que quiere. Es modista de mucho rumbo, y ella te dará trabajo; eso corre de mi cuenta.

—¿Y tendré yo que ir á su casa? preguntó Magdalena con cierta inquietud.

—No, dijo Juana, tú no irás al taller; no conviene que vayas.

—¿Trabajaré en casa?

—Sí, en casa.

—Pues bien, señora, trabajaré.

—De ese modo podemos ir viviendo, y á lo ménos el pan de cada día no nos ha de faltar. Luégo ya veremos. Tú eres muy hermosa, y hasta el fin nadie es dichoso.

Debemos decirlo. Magdalena, al oirse llamar muy hermosa, se sonrió.

Por un momento, la memoria de su padre se habia disipado en su corazon ante el resplandor de aquella lisonja.

—Soy muy hermosa, repitió la niña con cierta tristeza, y luégo preguntó: ¿Y qué es ser muy hermosa?

—Ser muy hermosa, hija mia, exclamó la madrastra, es ser muy rica.

—Pero al fin, ¿qué es ser muy rica?

—Ser muy rica, contestó la madrastra al golpe, es ser más hermosa todavía.

—¿Más hermosa!..... exclamó la inocente criatura.

—Ya lo creo; mucho más hermosa. ¿Sabes tú lo que es un aderezo de brillantes, una falda de terciopelo de seda ó de encajes? ¿Sabes tú lo que es pasar por entre la gente en un hermoso coche tirado por soberbios caballos? ¿Sabes tú lo que es lucir y brillar?

—La señora que vive ahí enfrente tiene todo eso.

—Pues la señora que vive ahí enfrente no

es tan hermosa como tú, y esa señora se lleva las miradas de todos.

—Es muy hermosa, madre, dijo la niña.

—No, hija mía, contestó la madre; es muy rica.

—¿Y podré yo ser rica? preguntó con terrible inocencia.

—¡Sí podrás serlo! Lo que debes preguntarte es si quieres serlo.

—¿Y cómo?

—Ya lo sabrás.

—Yo quisiera saberlo ahora.

—¿Ya quieres saberlo?

—¿Por qué no?

—Porque aún no es tiempo.

—¡Nos hemos quedado tan pobres!

—Es verdad.

—Si mi padre viviera.....

Este recuerdo no agradó á Juana, porque hizo un gesto de disgusto, y dijo:

—Si tu padre viviera no serías rica.

—¿Por qué?

—Porque no pensarias en serlo.

—Yo no entiendo esto.

—Vamos á ver, ¿qué es lo que no entiendes?

—Usted dice que puedo ser rica.

—Lo digo.

—Pues entónces, ¿por qué me va V. á poner á trabajar como á una negra?

—Porque es preciso.

—¿Es que voy á ser rica como la señora que me va á dar trabajo?

—Ca.

—Pues entónces, ¿cómo?

—Tú pensarás en ello, y poco á poco lo irás adivinando.

En esto llamaron á la puerta, y Juana acudió á abrir miéntras que Magdalena se quedaba pensando: «¡Rica!..... ¿cómo podré yo ser rica?»

El que habia llamado á la puerta era el prendero que venía á ver los muebles que Juana habia puesto en venta.

Era un hombre gordo, de fisonomía franca, que por razon de su industria era capaz de comprar la soga de un ahorcado y de vender al amigo más caro.

No veía el mundo más que por el agujero

ro de su prendería, y para él todas las cosas se le presentaban bajo el doble y único aspecto de poderse comprar ó de poderse vender.

De una ojeada pasó revista á todos los muebles. A cada uno le puso inmediatamente dos precios; uno que representaba la cantidad mínima en que habia de venderlo, y otro que venía á ser la tercera parte de ésta y que representaba la cantidad máxima en que se decidía á comprarlo.

De estas dos series de precios, los primeros se los reservó y los segundos los dijo.

Al oírlos Juana se mostró escandalizada, y exclamó:

—Usted quiere llevarse todo esto por cuatro cuartos.

—No encontrará V. quien le dé más de lo que yo doy; y sepa V. que he venido porque somos vecinos, porque lo que á mí me sobran son muebles.

Este prendero sabía su oficio, y al comprar aquellos muebles aprovechaba la ocasión de vender un favor.

Al fin, los muebles quedaron ajustados y

vendidos, y un mozo de cordel empezó á desalojar la casa de ellos.

A cada mueble que sacaban de la habitación, Magdalena daba un suspiro; hasta entonces no habia sabido lo que queria aquellos muebles, y se decia interiormente: «Si yo fuera rica no me separaria de ellos nunca.» Y pensaba con ansiosa tristeza, queriendo penetrar en el misterio de lo que le estaba pasando.

Ella encerraba todo su pensamiento en esta pregunta:

«Si yo puedo ser rica, ¿por qué se venden mis muebles?»

Cuando más abismada estaba en esta reflexion, si es posible que una cabeza de catorce años reflexione, el prendero reparó en ella, y dando vueltas entre sus dedos á una llave que llevaba en la mano, dijo:

—Hé aquí un precioso mueble. Y guiñando el ojo, añadió: «Señora Juana, por este ya se puede dar algo más.»

Magdalena no pudo dudar que el prendero hablaba de ella, y se puso encarnada como una amapola.

¿Por qué? ¿Comprendió ella todo el sentido que podían tener aquellas palabras?

Probablemente no; en cuyo caso es preciso convenir en que se ruborizó sin comprenderlas.

Ella bajó la cabeza y siguió pensando.

¿En qué?

En lo mismo: en ser rica.

Juana le había dicho que podía serlo, y vea V. qué coincidencia; se lo había dicho precisamente el mismo día en que ella veía por sus propios ojos que era completamente pobre.

¿Qué contraste! Al caer en la realidad de su pobreza, se alzaba en su imaginación un sueño de oro.

Su pequeña opulencia desaparecía al mismo tiempo que le decían: «Tú puedes ser rica.»

Aquel mismo día quedó la familia instalada en su nuevo cuarto, y desde el día siguiente tuvo la huérfana trabajo.

Al pie de la ventana que daba luz á su habitación, pasaba las horas cosiendo.

Al principio tenía que enjugarse á menudo los ojos para no manchar con sus lágrimas la tela que cosía.

Después fué acostumbrándose á todo lo que le rodeaba, y se sonreía muchas veces mirando el cielo que se descubría al través de su ventana.

Por último, los pájaros que revoloteaban piando por los tejados vecinos la hicieron cantar.

La decoración había cambiado, pero su corazón había vuelto á ser el mismo.

Sólo alguna vez, cuando el estrépito de algún coche que pasaba por la calle hacía temblar las paredes de la casa, se estremecía y exclamaba interiormente:

—¿Si yo fuera rica!

Así hablaba su deseo.

Otras veces era su esperanza la que hablaba, y entonces decía:

—¿Cuándo seré yo rica?

Otras veces era la curiosidad la que ponía en su boca esta pregunta:

—¿Cómo seré yo rica?

Juana le había prometido decírselo pronto; y es preciso convenir en que no dejará de hacerlo.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.